

02 DE NOVIEMBRE: TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

CICLO C

3^a Lectura (Mt. 25, 31-46)



“Venid vosotros, benditos de mi Padre”

«En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: –Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: –Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber, fui forastero, y me hospedasteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.

Entonces los justos le contestarán: –Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te

vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

Y el rey les dirá: –Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

Y entonces dirá a los de su izquierda: –Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me hospedasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.

Entonces también éstos contestarán: –Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?

Y él replicará: –Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo.

Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.» (Mt. 25, 31-46).

“En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos”: Aunque esta expresión se repite nuevamente aquí en la versión litúrgica, sin embargo, pertenece al capítulo 23, 1. Pero como Jesús sigue aquí enseñando a sus discípulos mediante parábolas, la vuelve a repetir la liturgia.

Las tres últimas parábolas (**1.** el siervo fiel, **2.** las diez vírgenes y **3.** los talentos) y el discurso precedente sobre la segunda venida del Señor al final de los tiempos para juzgar a todas las gentes, tienen como intención fundamental ponerte en *alerta* para que seas fiel y respondas a los dones que de Dios has recibido. Sólo así podrás dar buena cuenta de tus obras en aquel día de la cuenta.

Ahora, con la última parábola, la del juicio final, te descubre Jesús de modo enfático lo trágico del acontecimiento final de la historia, donde comparecerás, junto con todos los hombres, ante el Juez supremo. Es la última advertencia de Jesús sobre el fin del mundo.

La realidad del acontecimiento vislumbrado en la parábola es de lo más impactante que puedas encontrar en las Sagradas Escrituras, y que te afecta directamente, localizando tu destino futuro por toda la eternidad.

La parábola se desarrolla en 3 etapas y 1 conclusión:

1. Segunda venida de Jesús como juez supremo de todos los hombres (**v. 31-33**).
2. Sentencia absolutoria para los justos (**v. 34-40**).
3. Sentencia condenatoria para los pecadores (**v. 41-45**).
4. Conclusión (**v. 46**).

“Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre”: La mención a la vertiente humana de Cristo Jesús da a entender que será Él mismo quien juzgue en el juicio final en cuanto que es hombre, no sólo en cuanto que es Dios.

Su venida no será como la primera vez: en humillación y ocultamiento, ahora vendrá en la solemnidad de “*su gloria*”, investido de su regia dignidad divina.

Cristo Jesús, como dueño y señor del tiempo y de la eternidad, aparecerá revestido de la gloria divina, de la que es partícipe por naturaleza, al clausurarse la provisionalidad del tiempo e inaugurarce la inmóvil eternidad.

“Y todos los ángeles con él”: La divinidad humanada se presentará escoltada por todas sus santas huestes angélicas, es decir, con todo el ejército de los cielos sumisos a su voluntad. Pero también es creíble que se presentarán los ángeles perversos, los demonios, para ser juzgados juntamente con todos los hombres:

«Pues si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, precipitándolos en los abismos tenebrosos del Tártaro, los entregó para ser custodiados hasta el Juicio.» (2 P. 2, 4).

Después de la sentencia ante toda la creación, los demonios serán precipitados, con todos los hombres condenados, al fuego eterno.

“Se sentará en el trono de su gloria”: Se trata del trono del tribunal judicial divino. Así Jesús pasará del trono del pesebre y la cruz, al trono de la gloria.

Su función judicial de toda la creación aparece en muchos lugares de las Sagradas Escrituras:

«Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo, y **le ha dado poder para juzgar, porque es Hijo del hombre**. No os extrañéis de esto: llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio (de condenación).» (Jn. 5, 26-29).

«Y nos mandó que predicásemos al Pueblo, y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios **juez de vivos y muertos.**» (Hech. 10, 42).

«En efecto, todos hemos de comparecer ante el **tribunal de Dios.**» (Rom. 14, 10).

«Porque es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el **tribunal de Cristo**, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal.» (2 Cor. 5, 10).

«Te conjuro en presencia de Dios y de **Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos**, por su Manifestación y por su Reino.» (2 Tim. 4, 1).

«Darán cuenta a quien **está pronto para juzgar a vivos y muertos.**» (1 P. 4, 5).

Al sentarse en el trono divino y juzgar a todas las gentes, defenderá tu causa contra la impiedad de los malvados que se atrevieron a dañarte durante tu vida terrena. Hasta este momento, Dios no quiere hacer justicia, pues quiere antes dar lugar al arrepentimiento y a que se complete el número de los predestinados:

«Diste a tus hijos la buena esperanza de que, en el pecado, **das lugar al arrepentimiento**. Pues si a los enemigos de tus hijos, merecedores de la muerte, con tanto miramiento e indulgencia los castigaste **dándoles tiempo y lugar para apartarse de la maldad**, ¿con qué consideración no juzgaste a los hijos tuyos...?» (Sab. 12, 19-21).

«Vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la

tierra?" Entonces se le dio a cada uno un vestido blanco y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos.» (Ap. 6, 9-11).

“Y serán reunidas ante él todas las naciones”: Se entiende que la reunión de las naciones se hará mediante la resurrección de los muertos de todos los lugares y generaciones, desde Adán hasta el último nacido.

Se ha querido ubicar el lugar del juicio final en el valle de Josafat, valle que, como no existía, se le denominó al valle Cedrón, situado al oriente de Jerusalén.

La razón de esta maniobra geográfica pudo venir determinada por un texto del profeta Joel:

«Congregaré a todas las naciones y las haré bajar al Valle de Josafat: allí entrará en juicio con ellas, acerca de mi pueblo y mi heredad, Israel.» (Joel, 4, 2).

«¡Despiértense y suban las naciones al Valle de Josafat! Que allí me sentaré yo para juzgar a todas las naciones circundantes.» (Joel, 4, 12).

En el profeta Joel, Josafat no es un territorio geográfico, sino un símbolo de una realidad que prescinde de las coordenadas espaciotemporales. El significado de la palabra Josafat es “Dios juzga”. Se trata, por tanto, de una acción, no de un lugar.

“Él separará a unos de otros”: Se acabó la mezcla de malos y buenos. Ahora los malvados no molestarán ya más. Los justos se verán liberados de estos molestos precitos que tanto asediaron durante la vida terrena.

“Como un pastor separa las ovejas de las cabras”:

- Las ovejas son blancas y las cabras negras.
- Las ovejas son mansas y las cabras ariscas y locas.
- Las ovejas son pacíficas, las cabras beligerantes.
- Las ovejas son humildes, las cabras engreídas y arrogantes.

Tomó Jesús esta expresión del juicio de ovejas y cabras del profeta Ezequiel:

«En cuanto a vosotras, ovejas mías, así dice el Señor Yahveh: He aquí que yo voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío.» (Ez. 34, 17).

“Y pondrá las ovejas a su derecha”: Como en un trono de honor: camino orientado hacia la bienaventuranza eterna.

Los hombres comparecerán ante Cristo Jesús para dar cuenta de sus obras:

«Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio. Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado.» (Mt. 12, 36-37).

«Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta.» (Mt. 16, 27).

“Y las cabras a su izquierda”: Como en expectación de ser fulminadas: camino orientado hacia la condenación eterna.

La vida del virtuoso tiene ya orientado su corazón en dirección diestra, y el necio en la siniestra:

«El sabio tiene el corazón a la derecha, el necio tiene el corazón a la izquierda.» (Sab. 12, 19-21).

“Entonces dirá el Rey a los de su derecha”: La intervención de Jesús es ahora como rey, no como reo ante el sanedrín, el tribunal romano y la chusma judía endemoniada.

“Venid vosotros, benditos de mi Padre”: Es una alusión al ejercicio de la misericordia de Dios para con el hombre que tanto ha tenido que padecer de los malvados mundanos. Por fin se hace aplicación de las buenas palabras que había recibido el cristiano desde la fe.

“Heredad el reino preparado para vosotros”: Es tanto el gozo que siente Jesús de regalar el Reino que no puede por menos que anunciar:

“Heredad”. El anuncio es como producto de una necesidad divina de hacerte el bien.

La heredad es un bien que se debe a los hijos. Pues bien, los justos son hijos de Dios por adopción:

«Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados.» (Rom. 8, 17).

Pero esta herencia, que es un premio a las obras buenas de los justos, no la heredarán los condenados, pues no son hijos de Dios, ya que perdieron la filiación divina por su pecado.

“Desde la creación del mundo”: Cuando Dios creó al hombre, lo creó con el deseo de hacerlo partícipe de su bienaventuranza eterna. El origen del hombre se fragua desde el amor infinito de Dios. Más aún, millones de años antes de crear al hombre, Dios ya le estaba preparando un nido dichoso en la tierra, pero antes le tenía preparado un Reino de gozo eterno en el cielo.

“Porque tuve hambre”: Jesús recoge aquí expresiones del Antiguo Testamento:

«¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados, y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes?» (Is. 58, 7).

«Porque exigías sin razón prendas a tus hermanos, arrancabas a los desnudos sus vestidos, no dabas agua al sediento, al hambriento le negabas el pan; como hombre fuerte que hace suyo el país, y, rostro altivo, se sitúa en él, despachabas a las viudas con las manos vacías y quebrabas los brazos de los huérfanos.» (Job 22, 6-9).

«Hijo, no prives al pobre del sustento, ni dejes en suspenso los ojos suplicantes. No entristezcas al que tiene hambre, no exasperes al hombre en su indigencia. No te ensañes con el corazón exasperado, no hagas esperar la dádiva al mendigo. No rechaces al suplicante atribulado, ni

apartes tu rostro del pobre. No apartes del mendigo tus ojos, ni des a nadie ocasión de maldecirte.» (Si. 4, 1-5).

«También al pobre tiéndele tu mano, para que tu bendición sea perfecta. La gracia de tu dádiva llegue a todo viviente, ni siquiera a los muertos les rehusés tu gracia. No te rezagues ante los que lloran, y con los afligidos muéstrate afligido. No descuides visitar al enfermo, que por obras de éstas ganarás amor. En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado.» (Si. 7, 32-36).

Le afecta tanto a Jesús el hambre de los hombres, que viene a decir que padeció hambre. ¿No siente dolor una madre cuando ve con hambre a su mamón? –Pues mayor es el dolor que padece Dios con el hambre de los hombres.

Y si satisfacer el hambre del cuerpo de tu hermano le motiva a Dios a ser tan agradecido contigo, ¿qué será cuando vea que has satisfecho el hambre del espíritu?

“Y me disteis de comer”: Tal es el gozo que siente Dios al recibir el hombre hambriento el pan material y espiritual que tú le has dado, que no puede por menos que agradecerlo. Y su paga no es otra que la vida eterna.

“Tuve sed”: No sólo padece el hombre necesidad de pan, padece también sed y otras muchas necesidades. Incluso quiso expresar esta necesidad en la cruz, y lo advirtió:

«Sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: “Tengo sed.”» (Jn. 19, 28).

Pero tú le diste vinagre para su sed:

«Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca.» (Jn. 19, 29).

¿Qué le vas a pedir tú ahora a Jesús para tu sed? –¿La vida eterna? ¿No te parece mofa? Pero Dios es amor y no lleva cuentas del mal que has hecho, tan sólo se acuerda que le diste pan, agua, amor...

“Y me disteis de beber”: Aquella sed de la cruz encontró alivio en el agua que tú has dado a tu hermano, sobre todo las aguas del Espíritu al transmitirles la fe:

«De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él.» (Jn. 7, 38-39).

“Fui forastero”: La estancia del hombre en este mundo es una estancia de forastero. No está aquí su morada permanente:

*«Porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una **morada eterna**, no hecha por mano humana, que **está en los cielos.**» (2 Cor. 5, 1).*

Por tanto, todo hermano tuyo es un forastero en este mundo. Debe ser ayudado por ti hasta que consiga la patria “*que está en los cielos*”. Y lo que hiciste a tu hermano para que consiga la patria eterna, a Dios se lo has hecho, y Él te lo recompensará.

“Y me hospedasteis”: Al haber dado cobijo en tu corazón al hermano que de ti necesitaba cualquier cosa, es a Jesús a quien has cobijado. Y si le das cabida en tu corazón, sería una farsa que no le dieras cabida en tu casa:

*«Nuestro corazón se ha abierto de par en par. **No está cerrado nuestro corazón** para vosotros.» (2 Cor. 6, 11-12).*

“Estuve desnudo”: Desnudo estuvo Jesús en la cruz y quiere ser vestido, pero en sus hijos.

La desprotección que sintió Adán después de su pecado, al verse privado de Dios, la sigue sintiendo ahora el hombre por su pecado:

*«Entonces se les abrieron a ambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban **desnudos.**» (Gén. 3, 7).*

*«Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy **desnudo**; por eso me escondí.» (Gén. 3, 10).*

“Y me vestisteis”: Aunque arropar con telas las carnes desarrolladas es una grandísima obra de caridad, arropar con amor a las personas desamoradas es una caridad muy superior, pero si, además, revistes a tu hermano con el traje de la gracia, ya no hay más que desear.

“Enfermo”: De gran caridad es sanar los cuerpos enfermos: eso hizo Jesús con todos los pacientes durante el ejercicio de su ministerio público, pero hay otra enfermedad peor: la del espíritu. Sanar las almas es la mejor ocupación que puedes hacer en esta vida, pues no consiste en otra cosa que en hacer que tu hermano tenga a Dios consigo, mediante la infusión de la gracia santificante, de la que carece por su pecado.

Hay otra enfermedad más delicada que padecen ciertas almas: es su ansia de amor a Dios que no encuentra camino acertado. Tú has de ser quien muestre el camino del amor a las almas que buscan a Dios:

«Enferma estoy de amor.» (Cant. 5, 8).

“Y me visitasteis”: Ofrecerte a sanar cuerpos y almas, o al menos acompañar al que padece, es una tarea hermosa, pues es a Jesús al que se le cura y acompaña.

“En la cárcel”: La injusticia grave de un hombre es castigada con arresto en la cárcel. Por su culpa, por su pecado está encarcelado. ¿Con este razonamiento tranquilizador ya puedes olvidarte de tu hermano, mientras su vida se deshace entre rejas? ¿No hay que salvar también a los pecadores encarcelados, como trabajamos para salvar a los pecadores libres?

Pero hay algo más: ¿acaso eres tú menos pecador que el encarcelado? —Pues entonces, lo menos que se te puede pedir a ti, que eres libre, es que visites a tu hermano privado de su libertad; pero fíjate bien, no sólo visitas a tu hermano, estás visitando también al mismísimo Dios.

“Y vinisteis a verme”: Dejar tus ocupaciones por acompañar al recluso, sin otro motivo que por amor al recluso en nombre de Jesús, o a Jesús en el recluso, es motivo de gran alegría para Jesús. Siquieres hacer feliz a Jesús en ti y en tus hermanos, el camino es el que te acaba de señalar el mismo Jesús en esta parábola del juicio final.

«ENFERMO O EN PRISIÓN.

Quien visita a los enfermos y a los afectados por la enfermedad de los vicios carnales, y les aplica la medicina de la doctrina, cura a Cristo en ellos, porque así como en las almas íntegras se encuentra Cristo íntegro, así también en las enfermas Cristo está enfermo. Quien visita a los que bajaron vivos a los infiernos por haber cometido obras infernales, es decir, quien visita a los presos que están bajo la custodia de los demonios –de los que dice la Escritura: “Desciendan vivos al seol” (Sal. 54, 16)–, puede sacarlos de esa cárcel infernal por medio de la Palabra, liberándolos de la custodia de los demonios, para que puedan dar gracias a Dios diciendo: “Señor, Dios mío, a Ti clamé y me sanaste. Señor, sacaste mi alma del seol” (Sal. 29, 3-4).» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 54; PG 56, 944).

En resumen, el cumplimiento caritativo con el hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, encarcelado..., es decir, con el atrabilidado, pone de manifiesto tu condición de discípulo de Cristo Jesús:

«En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.» (Jn. 13, 35).

Pero el ejercicio de la caridad (filantropía), sin la caridad sobrenatural (filiación divina por la gracia santificante), carece de relevancia alguna:

«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiene. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.» (1 Cor. 13, 1-3).

En el ejercicio de la caridad con el prójimo se aúnan todos los preceptos divinos:

«En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amártas a tu prójimo como a tí mismo.» (Rom. 13, 9).

“Entonces los justos le contestarán”: Se abre un diálogo pedagógico de futuro, con resonancia de presente, más que de una realidad de futuro. Aquí se pondrá de relieve la trascendencia de la caridad ejercida con el prójimo durante el tiempo terreno.

“Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos”: El asombro y el gozo les rezuma a los bienaventurados por los cuatro costados. Más que ignorancia sobre la retribución de que son objeto, es la grata sorpresa de los justos la que aquí se transparenta.

“O con sed y te dimos de beber?”: Continúa la letanía de asombros felices recorriendo los justos toda la galería de virtudes caritativas que ejercieron para con el prójimo.

“¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos”: Se siguen recreando los justos en las causas de la bienaventuranza, que ven ya en ciernes.

“O desnudo y te vestimos?”: Parece que no va a tener fin este cántico interrogativo de los justos sobre las virtudes cristianas por las que fueron injuriados, perseguidos y masacrados por los mundanos en este mundo temporal.

“¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”: Termina la trova parusíaca como canto de alabanza al Creador, pues ha hecho justicia a quienes pasaron la vida haciendo el bien, a pesar de las persecuciones de los malos y también de los considerados como buenos, fundamentalmente de los revestidos de autoridad. ¡Dios sea bendito!

“Y el rey les dirá”: No guardará silencio el gozo del Creador ante tanta consideración de caridad en los justos. Tomará la palabra, pues quiere salir en defensa de sus perseguidos hijos.

“Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos”: Jesús considera a los hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados..., es decir, a los atribulados, como miembros suyos con los que forma el Cuerpo Místico de la Iglesia.

“Conmigo lo hicisteis”: Lo que se haga por uno de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo Jesús, al mismo Cristo Jesús se ha hecho.

“Y entonces dirá a los de su izquierda”: A los siniestros, cuya siesta vida no tuvo otro objetivo que la de dañar a los diestros. ¿Cómo se puede esperar entonces que den pan, agua, alojamiento, ropa, medicina, compañía...?

“Apartaos de mí, malditos”: Por contraposición a los *benditos del Padre*, que había dicho Jesús anteriormente. “*Apartaos de mí*” indica la **pena de daño**, es decir, la exclusión de la visión beatífica, la cual es causa de la bienaventuranza eterna.

La expresión “*malditos*” indica la situación en la que han quedado constituidos por toda la eternidad a causa de su pecado.

“Id al fuego eterno”: Se indica la **pena de sentido**, es decir, el fuego físico, que atormenta a los cuerpos por toda la eternidad.

“Preparado para el diablo y sus ángeles”: El infierno fue hecho para los demonios, pero después del pecado de Adán, los hombres condenados comparten con los demonios la misma suerte punitiva.

Imagínate ahora, mi querido hermano, lo agradecidas que te estarán las almas que hayas salvado de este infierno eterno. Si para algo sirve tu vida es para la salvación de tu alma y la de tus hermanos. Y si tú no dedicas tu vida a la salvación de las almas, tu vida es un fracaso temporal y eterno.

“Porque tuve hambre, y no me disteis de comer”: Vuestra abundancia de pan terreno no fue compartida con el hambriento, pues ahora os rechazo del banquete de los cielos.

La carencia del ejercicio de la caridad con el prójimo fue la causa de la condenación de los izquierdosos: los siniestros.

“Tuve sed, y no medisteis de beber”: Una necesidad tan poco gravosa de satisfacer como es el dar un poco de agua, ¿no halló eco en vuestro corazón? –¿Qué esperáis ahora, sino una sed abrasadora que no cesará jamás?

“Fui forastero, y no me hospedasteis”: En mis visitas de mendigo transeúnte a vuestros hogares no hallé más que puertas cerradas, que jamás se abrieron. Cerrada os queda ahora la puerta del cielo.

“Estuve desnudo, y no me vestisteis”: Vosotros, que supisteis vivir elegantemente vestidos y elegantemente desnudos en vuestra vanagloria e impudicicia terrena, ¿qué esperáis ahora que vivo en mi gloria?

“Enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis”: ¿Tenía alguna relevancia para vosotros la vida de vuestros hermanos que padecían, mientras vosotros banqueteabais? –Ya es muy tarde para salir de vuestra cárcel sempiterna, en la que totalmente os pudiréis.

“Entonces también éstos contestarán”: Como quien despierta de un ebrio sueño, todavía tienen valor para apelar ante un juez inapelable. Les falló la lógica durante su vida terrena, y les sigue fallando pasados los umbrales de la eternidad. Pero ahora la farsa ya no vale.

“Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed”: ¡Qué distinta es la misma expresión en labios de un justo o en labios de un condenado! En los justos hay gozo eterno; en los condenados hay desesperación sempiterna.

Vivieron tan ciegos que no se enteraron de los que carecían del mínimo sustento, pero sí fueron capaces de vivir a lo grande esquilmándolos con impuestos, robos, usuras, fraudes, extorsiones...

“O forastero o desnudo”: Como los condenados vivieron de espaldas a sus vecinos, de no ser para aprovecharse de ellos, no fueron capaces de distinguir al autóctono del forastero; al vestido, del desnudo. ¿Cómo, pues, iban a cobijarlos en sus ricas mansiones?

«Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apollados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de hambre y su hambre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad; el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resiste.» (Sant. 5, 1-6).

“O enfermo o en la cárcel”: ¿Por dónde se extraviaron vuestros pasos tan lejos del necesitado de medicina o compañía? –¿Por la playa? ¿Por el baile? ¿Por diversiones? ¿Por la televisión? ¿Por el fútbol? ¿Por los toros? ¿Por dónde, mi hermano, por dónde? Mira que ahora es tiempo de rectificar, después es imposible. Deja de una vez tus miserables ataduras y vuelta con libertad hacia el necesitado, que allí encontrarás a Jesús, encontrarás también a su SS. Madre.

“Y no te asistimos?”: Este lenguaje de la *asistencia* les resulta incomprensible a los impíos. Todavía están con la resaca de su mala vida en abundancia perecedera y en carencia de bienes eternos. Todavía ignoran que vivieron miserables del todo por no haber puesto sus dones al servicio del Creador, que quiso vivir necesitado en el hermano golpeado por la vida. Y ahora se encuentran en la suma indigencia.

“Y él replicará”: Jesús, que conversó amorosamente con los justos, “replicará” a los impíos. “*El Rey les dirá*”, es decir, refutará la pretendida apelación de los impíos ante el Juez Supremo: “*Él replicará*”.

“Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes”: Os lo había asegurado muchas veces, mientras podíais rectificar, ahora os lo vuelvo a repetir por última vez para gloria de los justos, a los que vosotros dejasteis desasistidos, e incluso perseguiosteis.

“Tampoco lo hicisteis conmigo”: Si no quisisteis auxiliarme durante el tiempo, dirá Jesús, ¿qué os queda ahora para la eternidad?

“Y éstos irán al castigo eterno”: Se trata de la ejecución de la sentencia judicial, que se aplicará de inmediato y de modo inapelable. Para quienes durante el tiempo terreno niegan el infierno eterno, ¿qué dirán en la eternidad cuando se vean sumidos en medio de los tormentos eternos? ¿Qué será de esa estúpida pretensión de querer anular la realidad del infierno con tan sólo negar su existencia, en oposición frontal al mismísimo Dios, que advierte del peligro? Pues bien, hoy día estamos llenos de estos impíos estúpidos. ¡No te dejes inficionar por ellos!

“Y los justos a la vida eterna”: El premio de los justos también será eterno. La esperanza cristiana en la salvación eterna orientó la vida de los cristianos, pero éstos verán con gran gozo que se han quedado pequeños en sus consideraciones cuando contemplen la gloria de que se verán investidos por toda la eternidad. ¡Gloria sólo a Dios!